

# LA PRAXIS COMO LA CURA DEL SER / PRAXIS AS THE CURE OF BEING / A PRÁXIS COMO A CURA DO SER

CARLOS TAPIA

## Reseña de “La ciudad de los cuidados: Salud, economía y medioambiente”

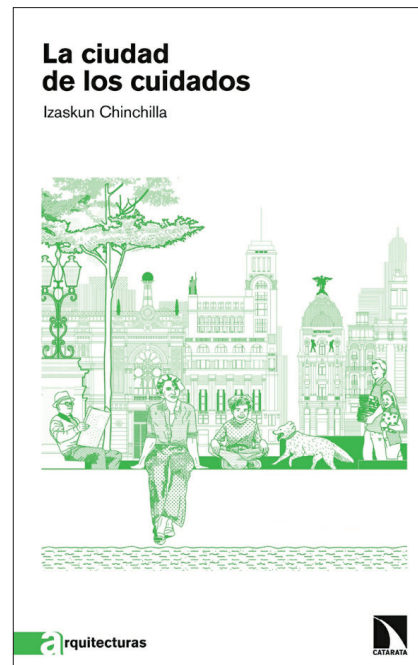
Izaskun Chinchilla. Los Libros de La Catarata

Año de edición 2020 - 192 páginas.

ISBN: 978-84-1352-087-2

El psicopedagogo Francesco Tonucci alcanzó a vislumbrar la conjura contra la subjetivación –que no la objetivación– de los cuerpos al ser cuidados. Al modo de una revelación, comprendió lo que Foucault ya había dicho, que el trabajo más extendido de la humanidad ha sido destinado a los cuidados. Llámese medicina o religión, para lo que concierne al cuerpo/alma, o entiéndase como proyectados esos cuerpos a la misión de las instituciones que nos hemos inventado para regularnos, el cuidado sería el fin último de todo.

En estos cuidados ampliados hay que incluir todo el sistema de la memoria, que nos preserva en cuerpos “simbólicos”, como ha escrito Boris Groys (Filosofía del cuidado, 2022). De hecho, deberíamos decirlo al contrario: solo si hay un cuerpo simbólico puede tocarse el físico. Más aún, la salud no parece que tenga que ver con el cuerpo, sino con el megacuerpo administrativo que usurpa, con la condición verbalizada de su estado, esto es, la propia palabra “sanidad”. Cuentas *saneadas* o sociedad *immune* al riesgo, son esas metáforas que nos piensan, que diría Emmánuel Lizcano. Como



carecemos de un conocimiento aplicable al entendimiento de nuestros propios síntomas, incluso de nuestros propios cuerpos-en-sí, lo terciarizamos y garantizamos el sentirnos seguros con un buen *seguro*, otra palabra usurpada.

Por más que sepamos que es consustancial la tarea de los cuidados a lo que es la humanidad, de esto no se hablaba medio siglo atrás, como ha escrito Victoria Camps (Tiempo de cuidados, 2021) y solo la pandemia del COVID-19 nos ha dado el tiempo –el del confinamiento- para pensarlo dolientemente y para devolverlo indolentemente a su latencia cuando su mutagénesis palideció ante la exhibición de poder –tardía, pero contundente- de nuestras sociedades para con sus cuerpos-símbolo.

Debe resonar –hasta atronar- en todo esto el término *épiméleia* (cuidado de sí) pronunciado por Foucault en uno de los últimos cursos en el College de France, y recogido –traicioneramente, como se señala en el necesario prólogo-, en “Hermenéutica del sujeto”, de 1983. Aprendí lo crudo de re-encontrarse con el cuerpo propio –no quiero decir mío-, irremediamente enfermo, cuando tuve la complicidad suficiente como para recibir un texto durísimo del maestro Luis Castro Nogueira en su despedida de la vida (Post-terapia: el cuidado de uno mismo y las artes de la cura mínima”, no publicado y leído en 2015). Está firmado por un alter ego suyo, Serenus Wiesengrund, y no es necesario en este momento apocopar sus iniciales como para saber de quién estaba sacando un cuerpo-símbolo no institucionable, sin *adorno*. Tampoco es necesario saber para quién se escribía: como el propio Foucault decía, no hay autor sin débito a su disciplina, y no hay lectores, sino necesariamente usuarios. Foucault trata de hacer entender a su clientela el contexto de relaciones insoslayables, que se desvela en los seres que las sufren. No solo se trata de desvelar, es alcanzar libertad, atajar el egoísmo, comprender o, más acá, conocer, saber.

Y de eso va el libro de Izaskun Chinchilla que aquí presentamos –a pesar de tener ya tres años de exposición pública-: un ejercicio de cura en primera persona que translitera su extraordinaria operatividad proyectual como desvelamiento, al modo de Tonucci, bajo la inversión de las cláusulas imperantes e imperativas. El pedagogo italiano vio en el error de conjugación verbal de su hijo de 3 años toda una conjunción de aprendizajes no mediados –al pronunciar “he descubierto”, desde la que se apercibió de que la desinencia había llegado a esa edad como tanteos en el lenguaje practicado, no reglado en escuela, sin importar desconocer el hecho de ser un verbo irregular-. Ahora, la arquitecta madrileña se ha “redescubierto” al poner en claro las acciones que realizó durante su viaje de 2 años a la Barlett School of Architecture, en Londres, acompañado de su hijo pequeño. Es interesante que el verbo sea descubrir, porque añade una redundancia que realimenta la intencionalidad, por cuanto infancia significa “el que no tiene derecho al habla”. Por ello, sin autoridad, sin ejercicio de poder, connivencia con el sistema, cada niño tiene ante sí, sin mácula, un mundo diferente con el que devolver la salud a su justo étimo o, alejémonos ya de las convenciones, a cada ser.

Si quien lee en esto un desenfadado método de aproximación, y no usa la virtud de la desposesión autoreflexiva, advirtiendo la necesidad de un cambio en los sistemas de referencia, entonces seguirá entendiendo que el experimento con niños puede ser un parámetro extraño a insertar en la misma ecuación, subsumido por los que no varían. Lo que Tonucci abre no es el método científico, es desplegar el amor en la existencia. Y Chinchilla dice: “tenemos un problema: nuestras administraciones no comprenden bien en qué consiste el amor entre padres y madres y sus hijos e hijas, cuáles son sus normas; es más, nuestras administraciones no consideran que sea una de sus obligaciones comprender la naturaleza del amor” (pág 58).

El enredo filosófico-existencial con la experiencia vital propia puede aquí contarse como anudamiento histórico, pero contravendría el tono próximo y proxémico de Chinchilla. Baste apuntar una clave irrenunciable y obliterar todo lo demás: si Heidegger (*Ser y Tiempo*, 1927) propone como concepto la “cura” para la definición del *ser-ahí* como existenciario, como la unidad donde vienen a confluír los otros existenciaros, y ello es importante aún –e importante en Chinchilla– para el ser libre, es porque el filósofo alemán lo encaja en el sentido griego de *praxis*. Más concretamente, *praxis* es “curarse de”. Y es así -sin necesidad de nombrar a Heidegger- como Chinchilla empieza su libro advirtiendo de la convención de la etimología, para pasar a la experiencia propia, liberadora, de mirar por los ojos de su hijo, de los niños, de los balbuceos e inocencias: *curarse de* decir como experta arquitecta cómo operar, *curarse del* rol de mujer, *curarse de* proyectar como acto mesiánico de salvación general, *curar y curarse* de arquitectura hostil, *pro-curarse* una esperanza climática, hasta reordenar en los últimos capítulos del libro sus obras arquitectónicas para, bajo una supuesta minoración, concertar la maximización de acciones que no son remediales sino de puro y simple magisterio.

El lector que se adentre en esta edición de los Libros de la Catarata –quienes deberían estar más atentos en el cuidado de las próximas ediciones- tal vez requiera un par de lecturas y no conformarse con la primera. En la apariencia de ser un libro libre, es decir, suelto de academias, no lo es, y su radiografía dará un diagnóstico más abarcativo del entramado construido y previamente recorrido.

Se puede discrepar. ¿Cómo sería si no, sin dolor, la cura? Yo discreparía de las taxonomías resultantes de experimentos colectivos –pueden contarse los resultados sin una lista de *achievements*-, de la indulgencia con la *Space Syntax* –con toda su parafernalia académica que desborda a Hillier-, de los patrones de autoorganización para renegociarlos en otro presente...

Pero, es que precisamente para ello están los libros, para la transformación y la confrontación. Y ya se sabe que las curas son procesos que jamás te devuelven a un estado anterior. *Praxis* (cura de) es poder ser, proyectar.